Ello es debido a que los elementos orgánicos de la sociedad burguesa han guardado siempre, frente a las críticas del anarquismo, un prudente silencio, roto sólo para desvirtuar las más grandes ideas contemporáneas.

Por tal ignorancia, tácita e involuntaria de la Anarquía, ha podido afirmarse, en virtud de ciertas desviaciones *puramente* individuales, que el anarquismo había dado su opinión favorable a la guerra.

Nada más incierto.

He procurado demostrar en el anterior capítulo cómo la Anarquía es un ideal colectivo y por qué no es un dogma.

Trataré de hacer comprender ahora cómo el anarquismo no ha rectificado su criterio antiguerrero.

Los anarquistas que a causa de un fenómeno de sugestión y reacción atávica fácilmente explicable se han declarado partidarios de la guerra, no han rectificado, en manera alguna, el criterio anarquista sobre la guerra y la patria; la rectificación ha sido *solamente* de sus personales ideas; al hacer lo cual, sean cuales fueren las razones en que fundamentasen su actitud, se han anulado como concurrentes a un pacto ideológico que excluye toda participación de los anarquistas en el Estado como recta consecuencia con su doctrina antiestatal; han disgregado su personalidad moral de la asociación ideal al hacer una ridícula pirueta oportunista, y en legítimo ejercicio del derecho de libre iniciativa y de libertad de acción, hánse disasociado, aunque sea temporalmente, de la colectividad anarquista, consecuente con las ideas antiguerreras, antipatrióticas y antimilitaristas que informan la filosofía pacifista y libertaria de la Anarquía, por cuyas razones sus opiniones de ahora, visiblemente impregnadas de liberalismo burgués, *no tienen ningún carácter anarquista*, y no pueden ni deben, por lo tanto, ser tomadas como accidentales manifestaciones del anarquismo.

Fuera suficiente para probarlo, hacer un sencillo parangón entre sus anteriores pensamientos y sus declaraciones presentes; el contraste resultante de sus polarizaciones de ideas, de tan caótica inversión mental, sería el argumento de más eficacia que pudiéramos emplear para ello.

De la desviación, pues, no es justo culpar, y el hacerlo pone al descubierto la falta de conocimientos críticos, a las ideas y al conjunto de hombres que con sinceridad y valentía las sustentan, puesto que, como hemos visto, esa actitud es exclusivamente una determinación individual.

Para ser una desviación colectiva ha faltado la causa determinativa doctrinaria: hubiera debido haber en el anarquismo, como en el socialismo, un decálogo de deberes sociales para los adeptos, entre los cuales figurase como necesario el deber de *defender el territorio nacional* contra sus invasores —y así no habría sido precisamente una desviación;—y para ser una actitud colectiva el anarquismo hubiera tenido que reunirse previa, y colectivamente, por supuesto, y asumir la guerrera y antianárquica determinación de salvar la patria.

No hay tales principios ni ha hecho tal cosa: eso le ha evitado de ser arrastrado en el derrumbe universal de valores; ha dejado a cada individuo en libertad de acción para que obrase frente a las circunstancias, hoja de parra de cobardes y fracasados, como mejor le pareciese.

Aquellos que se han puesto a cantar la palinodia de la civilización, la democracia, etc., no han hablado en nombre de la Anarquía, sino en nombre de su atavismo mental, que se ha sobrepuesto a su conciencia anárquica sobradamente débil.

En nombre de la Anarquía hablamos los que aún conservamos la pureza del ideal, la idea y la dignidad anarquista en nuestra personalidad íntegra; pocos o muchos, bizantinos, sectarios o habitantes de la luna, no importa el volumen cuantitativo frente a la virtud cualitativa, somos los únicos que, en esta enorme bancarrota de creencias y de hombres, conservamos, sin ninguna variación, nuestro programa internacionalista, condensado en estas tres palabras:

Ni Dios,
Ni Ley,
Ni Patria.

III

La guerra se divide en tres períodos, que procuraremos explicar en un sintético proceso:

Primero. Cuando los hombres primitivos, ya asociados en pequeños núcleos, luchaban de clan a clan y de tribu a tribu por la conquista de bienes, mujeres y esclavos para el trabajo.

Segundo. Cuando, ya desarrollado el sentimiento religioso e instituída la autoridad sacerdotal, los hombres y los pueblos se degollaban por su dios.

Tercero. Cuando los pueblos y los hombres, supeditando toda amplia idea de solidaridad y dignidad humana a un estrecho ideal *localista* o a un grosero materialismo, guerreaban por su amo feudal o por su rey y se mataban por su patria.

La causa genésica de todas las guerras ha sido la autoridad. La plebe, eternamente desposeída e ignorante, y los parias, siempre sin personalidad, han sido sus ejecutores.

En el primer período, la autoridad, encarnada en el jefe del clan o de la tribu, mandaba armarse y pelear a grupos contra grupos; del botín, para él era la mejor parte.

En el segundo período, la autoridad, personalizada en el sacerdote, mandaba armarse y acuchillarse a sectas contra sectas; del botín, para él y su iglesia era la mejor parte.

Y en el tercer período, la autoridad, sucesivamente entronizada en el señor feudal, en el rey absoluto; en el emperador, en el rey constitucional o en el ciudadano presidente, mandaba, y manda, armarse a sus pueblos para que se exterminasen, y se exterminen, mutuamente entre la mirra y el incienso de tremendas mentiras, ocultadoras de miserables egoísmos; del botín, para ellos y su burocracia servil era la mejor parte.

Claro es que las guerras nunca han revestido abiertamente su verdadero carácter de rapiña; siempre se las ha rodeado de cierta aureola de santidad, ya religiosa, ya patriótica, ahora democrática, con objeto de que la gleba y el populacho se prestasen con facilidad al sacrificio; sus causantes personales siempre lo han conseguido, y la guerra que en estos momentos asola al mundo es buena prueba de ello.

Constituída la guerra como necesidad social por sus causantes, tuvo que nacer, como lógica consecuencia, el oficio de guerrero y la industria de la guerra. Estos se encargaron, para consolidar su existencia, de servir sus intereses y justificar de algún modo su razón de ser como clase y necesidad social, de tener constantemente encendido el fuego de la matanza en los pueblos. Al transcurrir de los siglos, tal incremento tomó el militarismo y la industria de los armamentos, que en nuestros tiempos no hay pueblo que no sufra el feroz azote de su existencia, la ruina enorme que causa su voracidad.

Pero como he dicho, son consecuencias, efectos lógicos de un poder superpuesto y superior a la sociedad: el Estado; el Estado, que aunque máquina ejecutiva de las clases económicamente dominantes y aparente instrumento de justicia y equilibrio de la sociedad, tiende a tener existencia y personalidad propias, y, como el democrático Estado francés, obra en ciertas circunstancias de acuerdo con su voluntad y razón de poder superior a la sociedad, bien que sirviendo los intereses del capitalismo, con el cual no puede dejar de tener relación de solidaridad recíproca.

La presente guerra europea ha sufrido el mismo proceso de gestación, preparación, ejecución y desarrollo que sus predecesoras; pero sus apariencias han engañado lamentablemente a muchas gentes.

Es una guerra de intereses, de intereses de clase y de Estado, de intereses económicos y políticos. Una guerra preparada esencialmente por la competencia capitalista y la industria de la muerte; una guerra en que el militarismo y el Estado de cada nación justifican estas palabras de un profesional de la matanza, Helmuth de Moltke: "Un gran Estado existe únicamente por sí mismo, por su propia fuerza, y sólo cumple el fin de su existencia si está determinado a mantener *su libertad* y *su derecho*. Dejar inerme a su país sería el mayor crimen de su gobierno".

Las subrayaciones son mías.

Lo primero confirma mis palabras, el Estado existe por sí mismo porque es un organismo, como dije anteriormente, superpuesto a la sociedad; no es, pues, el pueblo, máxime cuando la sociedad no es tampoco el pueblo, puesto que se fundamenta en el antagonismo de clases.

Así, al defenderse el Estado belga o francés, por ejemplo, del Estado alemán, no defienden la libertad y el derecho del pueblo, sino *su libertad* y *su derecho*, es decir, su existencia, que presupone la existencia de un pueblo colocado bajo su autoridad, desheredado de libertad y derecho. Se defiende él mismo: la corona del rey Alberto y el gorro frigio de Poincaré amenazados de desaparecer bajo el casco de Guillermo II; dos Estados defendiéndose contra uno que amenaza absorberlos.

Esa es la verdad dicha por un militarista recalcitrante.

En la segunda parte de su pensamiento, Moltke, claro está que con un criterio puramente *profesional*, expone mi aseveración anterior: la autoridad arma al pueblo; en apariencia lo hace para velar por la defensa del país, pero en realidad lo hace para *su defensa* y para realizar sus piraterías.

Frente a todo esto el anarquismo, *enemigo esencial del Estado*, no puede colocarse al lado de un Estado contra otro Estado ni aun arguyéndose la pequeñez del volumen territorial de algunos.

Tal es lo que impone la antítesis absoluta del Estado y la Anarquía.

Y como el anarquismo continúa su desarrollo y actuación sin que se haya desvirtuado o degenerado su doctrina, se coloca al margen de la fosa en que hoy se hunden hombres, pueblos y doctrinas para exponer a los pueblos, vilmente inmolados en aras de un ídolo bárbaro, nunca saciado de carne y de sangre humanas: la patria, fríamente sacrificados para satisfacer rapaces egoísmos burgueses y zanjar conflictos de la diplomacia y el Estado, en una síntesis de su doctrina, su condición de paz.

Para que la paz llegue a ser una realidad tangible y no una engañosa apariencia, una leonina mentira, cual es la paz armada de los Estados, es absolutamente preciso la destrucción de la patria geográfica y del Estado que en ella se fundamenta y recibe su razón de ser.

Sólo con la desaparición de las causas fundamentales de la guerra será posible la paz tan amada por los pueblos después que la guerra, con todas sus desastrosas consecuencias, les ha hecho ver lo arbitrario, lo absurdo de su existencia.

ANGEL PUMAREGA GARCÍA

Madrid.

SALPICADURAS

¡Y luego que anden diciendo por ahí nuestros enemigos que los anarquistas no tenemos paciencia! Nueve columnas de *La Vanguardia* ocupaba la pastoral de Enrique, obispo de Barcelona, y las leímos de cabo a rabo sin soltar una interjección ni pegar un puñetazo sobre la mesa; tirarse al cuerpo aquellos kilómetros de prosa insípida, sin impacientarse ni jurar es cosa que solamente los anarquistas sabemos hacer; con seguridad que más de cuatro católicos no han leído de la pastoral más que el principio y el fin y habrán dicho para su capote:

—¡Rediós, qué largo es este tío!

Pero nosotros, que aun reconociendo lo de largo, pasamos por alto lo de tío, hemos leído el documento episcopal con la sana intención de comentar como mejor sepamos algunos de los conceptos que en él se estampan.

Oído a la caja, pues, que empiezan los comentarios.

⁂

Mucho más esto es así tratándose de la paz, que no es otra cosa sino el mismo Señor Dios que la introdujo en el mundo con la venida de su Verbo, dejando en el Evangelio y en el seno de su iglesia los gérmenes y los fomentos de la misma.

Aunque dicho en estilo de memorialista, el señor obispo asegura que dios introdujo la paz en el mundo; tal vez la volvió a sacar sin que nadie se apercibiera, porque lo que es por aquí no la conoce nadie; al menos debió anunciarlo y ahora no andaríamos buscándola los que protestamos de la guerra.

⁂

Vamos leyendo.

Lejos de entrever una época de pacificación definitiva, Cristo nos anuncia guerras hasta el fin de los tiempos.

Primero afirma el señor Reig que dios introdujo la paz en el mundo, pero viene Cristo, hijo de ese dios, y anuncia guerras *hasta el fin de los tiempos*.

Por lo que se ve, Cristo no creía en las obras de su padre ni en las palabras del obispo; ni más ni menos que nosotros, que dudamos de la introducción de la paz en el mundo mientras haya dioses, Cristos ni obispos.

⁂

Luego, metiéndose *nuestro* obispo con Darwin, Nietzche y algunos filósofos griegos, sostiene que la vulgarización de la filosofía no católica conduce al anarquismo terrorista y al *apachismo;* de aquí que deduzcamos nosotros que los causantes de la guerra, que a tantos filósofos han leído, sean terroristas sin nada de anarquismo, y los mayores apaches del mundo y de la historia.

En resumen: que el obispo de Barcelona ha querido hablar de la guerra y ha metido el sagrado pie, como cada hijo de vecino mete la pata; para llegar a la conclusión de que es necesario rezar sin tregua hasta lograr la paz, no había necesidad de llenar nueve columnas con citas del evangelio, palabras de tal o cual filósofo y contradicciones más propias de un sacristán que de todo un señor obispo.

¿Qué se le ocurriría al lector si se viera en la miseria y tuviera hijos a quien mantener?

—Buscaría por donde lo hubiese.

Es esta una respuesta que darían hasta las perras, si supieran hablar; pero un ciudadano de Madrid, que no debe sentir el amor filial tal como lo sienten las perras, no halló más solución que el suicidio para proporcionar pan a un hijo suyo.

Me suicido—venía a decir el hombre en carta dirigida al juez—porque no puedo mantener a mi hijo; ahí quedan su abuela y una vecina, a las que encargo que hagan por él todo lo que puedan.

Y escrita esta carta, el aspirante a difunto se tomó unas pastillas de sublimado y ahí queda eso; es decir, ahí queda un hijo que yo hice para que otros lo mantengan.

¡Pobre pequeñuelo! Más te valiera ser hijo de perra que de semejante padre; al menos las perras crían a sus hijos y no se suicidan por no poderlos mantener.

Diógenes el cínico ha reaparecido, sino que esta vez no es griego ni vive en un tonel; el Diógenes actual es un indio inquilino forzoso de un hospital, quien consciente o inconscientemente ha repetido la escena del filósofo griego y Alejandro Magno.

Sabido es que Alejandro fué a ofrecer sus favores a Diógenes y éste le dijo:

—Te pido que te quites de delante, porque me privas el sol

El nuevo Alejandro, o sea Eduardo de Inglaterra, visitaba un hospital, y al pasar junto a la cama del indio Diógenes, no obtuvo las muestras de respeto que, con seguridad, esperaba; ¿motivo? El más sencillo, o si queréis sublime; el indio contemplaba un panorama nevado, cosa nunca vista por él en su país de origen; esta indiferencia ante el rey demuestra que ciertos indios son capaces de repetir un poco alterada la frase de Diógenes:

—¡Apártate de aquí, que no veo la nieve!

¡Y les llaman salvajes! ¡Cuántos y cuántos civilizados dejan de contemplar la Naturaleza por admirar la facha de un soberano!

Murió, se muere o se morirá muy pronto la ley de jurisdicciones; pero aunque muera, no será enterrada como era de esperar; hay leyes que deben permanecer insepultas para que sus favorecidos las recuerden; así es que, o lo hemos entendido mal, o algunos de los artículos de la referida ley se sostendrán vivitos y coleando en el código penal, y la verdad, que sean triunfos espadas o bastos, debe importarnos muy poco a los que siempre nos toca la de perder.

El Papa, y con él una legión de gente sensiblera, piden a voz en grito que durante las fiestas de Navidad se suspendan los tiritos entre los países beligerantes.

Y dice un periódico de la clase sentimental ésta:

«¿Por qué, pues, no hemos de esforzarnos en procurar a nuestros hermanos de otros países, si no una paz definitiva—que para eso todo esfuerzo resulta vano—al menos una tregua que permita a las familias de los luchadores sentarse a la mesa y conciliar el sueño sin pensar que en aquel mismo momento una bala puede haberles arrebatado al hijo o al esposo?»

Este modo de juzgar una cosa tan seria como la guerra, resulta ridículo; pueden matarse los hombres el día veintitrés o veintiséis y no deben matarse el veinticuatro y el veinticinco, porque, para ciertas gentes, la matanza de hombres es algo así como la matanza de puercos; sólo puede efectuarse en épocas determinadas.

¡No hagáis caso de tales mojigatos, guerreros europeos! Mataos como fieras, como lo venís haciendo; sembrad el exterminio, aunque sea en el mismo día y en la misma hora en que según cuentan nació un Cristo de paz y de bondad, que no por esto dejarán de comer y digerir el pavo los cocodrilos de la prensa y de la iglesia.

⁂

Copiamos:

«*Números terribles.*—Según las manifestaciones hechas por monsieur Ribot al delegado especial del *Petit Parisién*, la guerra cuesta diariamente treinta millones de francos. Así, en ciento treinta y dos días de campaña, esos gastos ascienden a la suma de *tres mil novecientos sesenta millones*.»

Unid a esto los millones de gotas de sangre derramada, y obtendréis una mezcla propia para devolver la vista a los ciegos del socialismo y del anarquismo que se han declarado partidarios de la guerra, y si este específico no les cura la ceguera, compadecedles o arrancadles los ojos: es lo mejor que, intelectualmente hablando, puede hacerse con los apologistas de la marranada europea.

ARCADIO

ANSELMO LORENZO

Uno menos

¿Uno menos? ¡No! Porque Anselmo Lorenzo, por su inteligencia, actividad, constancia y sinceridad, era un ciento.

En todo tiempo la muerte del veterano anarquista sería sentida por cuantos de anarquista se precian, pero en los actuales momentos de claudicaciones y traiciones, lo será doblemente.

Hoy que nuestros intelectuales e intelectualizados quieren convertirnos en soldados defensores de nimiedades que malgastarían nuestras energías y apartarían nuestra vista del camino conductor a la emancipación, Lorenzo, con su serenidad de reflexión, con su voluntad de decir la verdad, con su penetración de investigación, con su facilidad en sintetizar las cosas con su fiera voluntad de servir al obrero y al progreso, sería la batería intelectual que destruiría todas esas otras que no podemos explicarnos como han podido venir tan bajo.

¡Pobre Anselmo, te has ido cuando más falta hacías!

¿Han apresurado tus días el horror de esa matanza infame, mil veces infame, criminal, mil veces criminal, o la vergüenza de ver a los amigos de muchos años, que todos queríamos, confundidos con esos regadores de sangre, segadores de vidas? ¡Quién sabe! ¡Solo tú podías decirlo y no lo dirás más!

Si yo pudiera llorar te lloraría porque tú eras el honor de los compañeros, la honra de las ideas.

Más viejo en edad, más joven parecías en ideas, más poderosa tu inteligencia, más grande era tu actividad...

Ya los compañeros no te consultarán, no te pedirán consejos, escritos, etc., porque tu cuerpo desaparece de su vista, pero dejas una literatura para consultar, que no ha muerto ni morirá.

No he pretendido pintar tu historia, déjola para plumas más inteligentes que la harán. Mi objeto es enviar este postrer ósculo de eterno cariño al hombre que supo mantenerse y morir honrado. ¡Dichoso honor!

V. GARCÍA

Inmortalidad

Anselmo Lorenzo desapareció de esta vida para evolucionar en otra. Medio siglo contribuyó con su energía, saber y buena voluntad a orientar y solidarizar la acción obrera.

Los jóvenes hemos fatigado repetidas veces al enfermo acudiendo a él en busca de su sano criterio, de su experiencia sociológica y de su infatigable celo por la causa del proletariado.

Y de Lorenzo hemos recibido enseñanzas imborrables, para seguir adelante; Lorenzo, además de explicarnos detenidamente cuanto tenía referencia con nuestra consulta, nos alentaba, trazando líneas generales para que la moral sea nuestra hermana consejera individual y colectivamente.

Habíamosle visto agobiado por su trabajo literario, y a pesar de ello, esforzarse para cumplimentar encargos de España, y aun del extranjero, afanoso de extirpar el mal.

Su obra inmensa, dimana de lógica apreciable: amor, mucho amor era el reflejo fiel de su personalidad, consagrada enteramente a la comunidad y a la divulgación de los ideales de redención humana.

Muchas visitas había hecho al maestro y una sola vez vi en su rostro reflejada la indignación, condenando los actos realizados por individuos asalariados que no titubean en hacer el ridículo excediéndose en los servicios que les están encomendados.

Se trataba de un registro efectuado momentos antes por la policía en su domicilio, incautándose de documentos que tenía en gran estima, entre ellos una carta de F. Ferrer en la que invitaba al abuelito —así le llamaba— a pasar una temporada a su lado, en Amelie les Bains para descansar y reparar su quebrantada salud. Han profanado —exclamaba— trabajos estadísticos y otros que eran para mí gratos recuerdos, ahogando su voz excesos de tos producidos a causa del disgusto que le ocasionara el asalto de los detentadores de los derechos inviolables del hombre.

Lorenzo se hizo acreedor a las simpatías de los oprimidos por su virtud, por su bondadoso carácter; bastaba su intervención para solventar diferencias y limar asperezas entre compañeros.

Colaboró en varios periódicos burgueses sin subvención de ninguna clase, ya que su anhelo no era otro que esparcir la semilla del Ideal o para depositarla en la trinchera del suplicio, sin vacilar nunca, a pesar de las desdichas que le ocasionó la propaganda de un justiciero régimen de igualdad económica.

Ni preponderancia ni idolatría; le aprecié y estimé; no contamos ya con su ayuda; preocupémonos, pues, de popularizar sus trabajos literarios, manantial de enseñanza del ideal libertario.

Sufrió privaciones sin cuento, pero de sus labios no salió una queja; una claudicación le podía asegurar un bienestar, pero él prefirió vivir del trabajo hasta sus últimos momentos de vida, legándonos un nombre cuyo sólo recuerdo ha de infundirnos valor en las luchas para la conquista de los derechos del hombre.

Inmortalidad para el alma grande del pensador que grabó en nuestra mente la posibilidad de una era de equidad y de justicia, pensamiento que se transmitirá a las futuras generaciones al leer la numerosas producciones literarias de Anselmo Lorenzo.

FRANCISCO ULLOD

Entre las muchas cartas de colectividades, compañeros y amigos, entresacamos las siguientes:

Doña Francisca Concha.

Apreciable y querida camarada:

En la *Bataille Syndicaliste* de ayer he leído la carta en que se nos comunica la triste noticia del fallecimiento de mi amigo Anselmo Lorenzo. Nuestro diario, con fecha de hoy, le ha dirigido un último saludo, recordando los servicios que Lorenzo había prestado a nuestra causa común. Yo desearía, a ser posible, me remitieran algunos detalles sobre su enfermedad y últimos momentos. Le quedaré muy reconocido si me los manda o hace que me escriban algunas líneas con este motivo. Reciba usted la expresión de mi fraternal simpatía.—*James Guillaume*.

París, 4 de diciembre 1914.

⁂

Señora viuda y señores hijos de don Anselmo Lorenzo.

Estimados amigos. Reciban mi pésame por la muerte del patriarca, del hombre bueno, del precursor. Le admiré y le estimé.

Con el pésame por tan gran pérdida reitero a ustedes mi amistad.—*R. Castrovido*.

Madrid.

⁂

Familia Anselmo Lorenzo.

La triste noticia de la muerte de Lorenzo me toca el corazón.

Más de treinta años que le leo y los mismos que le estimo. En estos momentos de claudicaciones y traiciones, su desaparición es doblemente sentida. Que su honradez, laboriosidad y constancia sirvan de ejemplo a los jóvenes luchadores, y su familia, en medio del dolor, puede estar orgullosa porque Lorenzo era el honrado entre los honrados.—*V. García*.

Londres.

⁂

Al enterarme de la muerte del gran sociólogo y publicista libertario, Anselmo Lorenzo, lloro incesantemente la pérdida del hombre recto y bondadoso que supo, hasta el último segundo de su laboriosa y ejemplar vida, conservar firmemente sus concepciones ácratas.

Su conducta sirva de estímulo para seguir luchando en pro de la Anarquía.—*Zoais*.

Barcelona.

⁂

Por la prensa burguesa acabo de enterarme de la muerte de nuestro querido compañero Lorenzo. ¡Cuánto ha luchado! ¡Qué gloria del ideal anarquista! Su muerte será sentida por todos los que de veras queremos al que se sacrifica y lucha en pro de la humanidad. ¡Cuanto ha escrito! ¡Qué proyectos hasta el último momento! Tomemos su optimismo ya que otra cosa no sea, que esto salvará todos los obstáculos.—*Félix Hermoso*.

Cala.

⁂

Los compañeros de Almadén, Jimena de la Frontera, Coruña, Carcagente y otras muchas localidades, nos participan el sentimiento que les ha producido tan inmensa pérdida.

Como tributo de admiración al que fué querido compañero, publicamos la opinión que la prensa de diferentes matices ha expuesto, opinión que, como nuestros lectores podrán apreciar, es unánime en reconocer en la vida de Anselmo Lorenzo, una honradez acrisolada y una abnegación y consecuencia poco comunes en estos tiempos de cínico positivismo.

De *La Aurora Social*, de Oviedo:

«Ha muerto el patriarca de la anarquía en España.

Tuvo para nosotros, y principalmente para nuestro integérrimo Pablo Iglesias, frases de una enconada pasión que le arrastró hasta la injuria, como tantos otros de sus secuaces; pero aun así, nosotros, levantándonos sobre las miserias humanas que a veces trastornan a los hombres más puros, rendimos ante el cadáver de Anselmo Lorenzo el homenaje de la admiración que siempre sentimos por el revolucionario que peleó a su modo en pro de los oprimidos y fustigó con viriles acentos y con reposadas meditaciones las tiranías de la clase dominante...

Anselmo Lorenzo fué un hombre estudioso, luchador, abnegado y laborioso. Por eso *La Aurora Social*, reconociendo sus virtudes, se asocia de todo corazón al dolor que seguramente ha producido su muerte en todas las almas buenas.»

⁂

De *El Trabajo*, de Madrid.

«Ha muerto el veterano propagandista de las ideas libres. Ha muerto a edad avanzadísima, habiendo dedicado toda su vida a la defensa de ideales emancipadores.

Fué uno de los fundadores de La Internacional en España y formó parte del Directorio de la misma; al producirse la división en La Internacional él se puso al frente del anarquismo en nuestro país.

Jamás abandonó la defensa de sus ideas, y el anarquismo español le debe sus más bellas páginas.

A pesar de que en sus propagandas jamás salió de la serena región de las ideas, se vió envuelto en algunos procesos célebres; uno, cuando la bomba en la calle de Cambios; otro, en 1892.

De oficio tipógrafo, casi toda su vida trabajó en él como corrector de pruebas. Hoy, vivía también de su trabajo, traduciendo para la biblioteca de la Escuela Moderna.

Como muestra de su inteligencia, escribió numerosos libros y folletos. Hoy mismo, TIERRA Y LIBERTAD publica el segundo tomo de «Proletariado militante», y hace muy poco publicó un volumen titulado «Hacia la emancipación».

Frente a las rectificaciones de algunos teóricos del anarquismo en el momento actual, él sostenía en la prensa española el fuego sagrado de la pureza al ideal que defendía.

No es este el momento oportuno para analizar su obra, en la que quizá nos veríamos obligados a señalar algunos—para nosotros—errores. No sería justo ni piadoso.

Quizá lo hagamos en otra ocasión, pues la vida de Anselmo Lorenzo es un ejemplo vivo de lealtad a un ideal.

Hoy nos limitamos a asociarnos al dolor de los suyos.

¡Descanse en paz Anselmo Lorenzo!

⁂

De *El Trabajo*, de Logroño:

"¡Lorenzo, ha muerto!

Al entrar este número nos comunican que Anselmo Lorenzo ha muerto.

La mayor parte de los trabajadores riojanos no sabrán quién es Anselmo Lorenzo, y nosotros, anonadados por la pena que la noticia nos produce, no acertaremos a decírselo; pero les aseguramos que sin disputa ninguna era uno de los más desinteresados defensores de la clase trabajadora.

La noticia de su muerte correrá de uno a otro confín de Europa; correrá todo el continente americano; su muerte no producirá las estridencias que produjo la muerte del pobre Ferrer, por las circunstancias trágicas que la rodearon, pero estamos segurísimos de que causará un dolor tan hondo como aquélla en todos los hombres amantes de una humanidad regenerada.

Sus libros y folletos han contribuído grandemente a la marcha progresiva del proletariado organizado.

¡¡Descansa, hermano!!»

⁂

De *Acción Directa*, de Cartagena:

«Ha muerto el venerable, el pulcro, el consecuente compañero, que desde las cajas de la imprenta y viviendo su larga vida del producto de su trabajo, supo elevar su inteligencia a las más altas cumbres del saber.

¿Su biografía? ¡Para qué, ni para quién! Sus numerosas obras, leídas con entusiasmo en todo el mundo anarquista, dicen más del gran Anselmo Lorenzo que todo cuanto nuestra pobre pluma pudiera decir. Léanlas los que no las conozcan y se convencerán de su sublimidad, de su grandeza y del amor que durante medio siglo prodigó el incansable luchador a los desheredados.

Nosotros, al dar el pésame a sus hijos, nos lo damos a nosotros mismos y a todos los anarquistas, porque Lorenzo era padre, era hermano, era amigo de cuantos luchamos contra las iniquidades sociales.»

⁂

De *España Nueva*, de Madrid:

«Ayer falleció en Barcelona este hombre bueno, inteligente y honrado, que pasó toda una larga y accidentada vida predicando con entusiasmo las doctrinas emancipadoras, sin considerarse por ello con derecho, como tantos otros, a manumitirse del trabajo manual.

Anselmo Lorenzo, el viejo anarquista, a pesar de su edad avanzada, seguía, a la vez que propagaba las ideas libertarias, trabajando diariamente en su ocupación de corrector de pruebas.

Era Anselmo Lorenzo quizá el más teórico de los anarquistas españoles; pero sin género de duda puede afirmarse que era el más bueno, el más constante. Sus energías de luchador, en vez de aminorarse, se acrecentaron con los años.

Procedía de La Internacional Obrera, de cuyo Directorio formó parte; pero espiritualmente hacía tiempo que estaba separado de los que impulsan el actual movimiento socialista.

Deja al morir, como muestra de su poderosa inteligencia, multitud de libros, folletos y artículos originales y traducidos.

El veterano apóstol ha muerto pobre.

Sentimos su muerte y nos asociamos al duelo que embarga a sus tres amantes hijas.

De *La Campana de Gracia:*

No he visto nunca a Anselmo Lorenzo. No conozco, orgánicamente su producción. Y con todo, su figura de solitario, de contemplativo, me atraía con profunda simpatía. La encuentro demasiado significativa para dejarla desaparecer del mundo sin dedicarle una volandera elegía.

Con él desaparece el patriarca de la acracia española. Su filiación espiritual está entre los *severos*, y no entre los *irónicos*. Como la figura de Fermín Salvochea, más aún, como la figura de Luisa Michel, Anselmo Lorenzo era el ángel de las turbas, la candorosa conciencia que atravesaba el rebaño humano llevando como un relicario donde se mostraba, desnuda y simple, una divisa: la IDEA.

¿Habéis sabido nunca, vosotros los impuros, cuánta intensidad de divina pureza había, para estos hombres, en la palabra transfigurada: la IDEA? Especie de talismán que les liberaba del contacto vil y abriría un día las puertas del infierno social a la luz nueva; la Idea era, al mismo tiempo, la vestal sagrada, la esposa voluptuosa que les esperaba en el rincón del diario trabajo, en medio de la ciudad profana y prehistórica. Como israelitas a la espera del Mesías, estos hombres tenían en los ojos una claridad proyectada desde ignorados futuros, y en las manos, al enlazar con otras amigas, una potencia de hermandad y compañerismo en la que cabría toda la tierra. Su culto no admitía todavía sacerdotes, porque se encontraba en la era primaria de los profetas; no admitía dogmas rígidos, porque era un puro coloquio místico con la visión que les acariciaba el alma. Quijotes de una Dulcinea todavía no nacida esfumada en lejanos tiempos y no ya en el espacio como las princesas encantadas, estos varones ofrecieron a la bondad humana el supremo sacrificio de parecer malvados a los ojos de interesadas y sofísticas burguesías.

¡El anarquismo! ¿Cuándo se escribirá la impresumible historia de esta secta de proscriptos? El mundo vulgar no ha conocido, de todas estas abnegaciones, más que la violencia de algunos alocados, ebrios del vino generoso que no estaba preparado para ellos, o la barroca desvirtuación de algunos indignos. Juzgar la escuela por la conducta de los fanáticos es una gran fuente de errores. Condenar, en bloque, al anarquismo por la conducta de los llamados anarquistas de acción, decía un día André Girard en el *Mercure*, equivale a condenar el cristianismo por la Inquisición y las dragonadas. Hoy, mientras la nación que las burguesías todas nos presentaban como la más moral del mundo, eclipsa desde los aires la consternadora crueldad de los dinamiteros, es simplemente cómico hablar del anarquismo como de un monstruo social.

Herederos del optimismo filosófico, que Rousseau convirtiera de teológico en humanitario, atribuyendo al hombre una divina cualidad originaria de ingénita bondad, los ácratas continuaron el culto primitivo, arcádico, infantil, de la santa Utopía. Su martirologio es interminable. La más alta figura de nuestros tiempos (y quizá de todos los tiempos) es también quien elevó la doctrina a las más absolutas consecuencias: León Tolstoi.

¿Morirá esta doctrina? ¿Ha muerto ya? Esta doctrina no puede morir nunca. En eterna evolución ella ha existido siempre, y existirá bajo infinitas e inagotables formas, porque es la *cristalización del espíritu humano;* porque es la dinámica del deseo, las alas de la inquietud simplicísima. El mundo queda allá afuera. El mundo malo, horrible, bestial. Pero —dicen estos anacoretas—, nosotros sabemos que un día el mundo será bueno, excelente, dulcísimo: *El reinado de los cielos*. Y sabemos también que desde ahora puede serlo para nosotros.

. . . .

¿Qué se deberá a los hombres como Anselmo Lorenzo? Tres cosas esenciales y meritísimas:

I.—Infundieron un sentido aristocrático, dignificador, en la multitud plebeya, sometida a todas las herencias del esclavaje. Ellos substituyen por la Idea (elemento intelectual y personal), el cultualismo embrutecedor, mecánico, nivelador. Ellos comunicaban, por primera vez, un alma a las multitudes, en lugar de un gesto, de una fe verbal, de lo que llaman los teólogos una *latía*. Como si hicieran vibrar no sé qué misterioso diapasón delante de las turbas (las turbas amadas de todos los Cristos) despertaron en el instinto del rebaño la melodía dormida; y surgió el coro de la gran tragedia humana.

II.—Enseñaron un bello camino a la marcha de los hombres. —Este camino, se dirá se ha dicho, no conduce a ningún sitio.— Mejor; será un camino infinito y por tanto un camino de inmortalidades. ¿Qué importa la no existencia del término si la ruta es buena y nos comunica su bondad? Las almas pequeñas suelen alborotar gritando: ¡Siempre habrá guerras! ¡Siempre habrá pobres! ¡Siempre habrá crímenes! —¡Y, bien! Procedamos como si algún día no hubiera de haber guerras, no hubiera de haber pobres, no hubiera de haber crímenes. Trabajemos para conseguirlo. Tal es la fórmula que estos visionarios nos quisieron dar. ¿Es esto ser negativos? Todo lo contrario. Jamás se habrá hecho una más poderosa afirmación. ¿Quién sabe si nuestra fe removerá las cosas y remontará las montañas inconmovibles? No hay peor utopía que la que niega la posibilidad de las utopías, dictando leyes al porvenir. Si los Mesías fracasan es porque los hombres no son dignos de ellos. Pero la doctrina brilla como un faro, como guía para los dignos. Afirmar que la doctrina fracasa porque hay infractores, equivale a afirmar que la justicia fracasa porque hay ladrones y asesinos.

III.—Dieron un ejemplo de bondad desinteresada, laica, *sin obligación ni sanción*, desconocedora de la *atrición*. Con levaron un jardín interno, donde embellecieron el árbol humano, *contra la naturaleza de las cosas*. En el granito que circundaba aquella *morada*, se estrelló la maldad de los que les acusaban ¡en nombre del bien! Y ellos, a conciencia de que, como Moisés, no verían la tierra prometida, desinteresadamente enamorados de la tendencia más que del fin, atravesaron la vida como a Caballeros de la Ilusión, entre griteríos insultadores e hileras de puños amenazadores. Y cuando la muerte piadosa les cerró los ojos dulcemente alucinados el mundo, entre arrepentido y aliviado, dijo sarcásticamente sobre la tumba:

—¡Oh, era un santo hombre!

GABRIEL ALOMAR

Nuestro homenaje

Enemigos de deificar a las personas, siquiera éstas estén adornadas de las cualidades de honradez, abnegación y talento que concurrían en el que fué nuestro compañero Anselmo Lorenzo no desistimos de la idea anunciada en el número anterior de honrar su memoria con un número extraordinario.

Contando con la cooperación de nuestro compañero y amigo el artista Fermín Sagristá, publicaremos un número especial en forma de revista, para que pueda conservarse, y para el cual solicitamos la colaboración de los compañeros Malatesta, Guillaume, Domela, Mella, Prats, Carral, Romeo, Tarrida, Vallina, V. García, López Rodrigo, Casasola, Quintanilla, Sierra, Gilimón, González Pacheco, Ghiraldo, Chueca, Pedro Esteve, Jaime Vidal, «Federico Fractidor», Costa Iscar, «Arcadio», Negre, «Galfo», Arranz, Beya, «Zoais», Sánchez Rosa, «Iridio», Marcellino Suárez, «Zeda», Gualtarte y otros muchos que no recordamos en estos momentos.

Queremos que la obra sea digna de la memoria de a quien va dedicada, y a ello dedicaremos nuestros esfuerzos, que no serán muchos, puesto que contamos con la ayuda de todos.

El tamaño del número especial así como el número de páginas, será con arreglo a los grabados y artículos que recibamos, y los gastos serán costeados por suscripción que empezaremos a publicar en el próximo número, advirtiendo a los donantes que las cantidades que envíen les serán abonadas en ejemplares del número especial.

Quien tanto trabajó por la emancipación del proletariado bien merece esta pequeña demostración de gratitud.

Malatesta y La Internacional

He aquí la opinión que el célebre anarquista, el mayor agitador de Europa—según la prensa inglesa—, expresa sobre la guerra y La Internacional en una carta dirigida a un amigo suyo:

"... Cuando vea usted a Bonafoux dígale que siento que él, que no se dice anarquista, tenga que dar lecciones, bien merecidas, a los que de anarquismo tendrían que ser los maestros. Lo siento, naturalmente, no por él, que en sus artículos juzga con criterio sano la situación actual, sino por otros que, desmintiendo ideas y sentimientos anárquicos, olvidando los intereses de los trabajadores y haciendo traición a la causa de La Internacional, se ponen al servicio de los opresores, sean ellos franceses, o alemanes, o rusos, o ingleses, o chinos."

. . . .

ENRIQUE MALATESTA

Anarquía y Sindicalismo

A pesar de lo mucho que se ha discutido últimamente el valor de esos dos términos y la analogía que entre ellos pueda existir, creemos necesario, y más que necesario indispensable, apuntar ligeramente algunas notas al margen del debate.

Cuando se discuten cuestiones sin importancia, o que si la tienen no se relacionan íntimamente con la Libertad y el Derecho de los pueblos, no hay inconveniente en que se hagan ejercicios intelectuales, aventurando conceptos que carezcan en absoluto de valor y que se pretenda elevarlos a la categoría de argumentos capaces de probar la lógica, la exactitud y la bondad de una tesis determinada. No es, ciertamente, de buen gusto, pero tampoco perjudica a nadie.

Pero aquí se trata del Ideal más grande que haya jamás solicitado la inteligencia y el esfuerzo de los hombres.

Se trata de unos problemas que constituyen, por decirlo así, el único alimento del Progreso, el eje sobre que gira la historia de la Humanidad, la natural y eterna tendencia del hombre. Por lo mismo vale la pena de pensar bien lo que se dice. Lo contrario puede irrogar perjuicios incalculables.

Ciertas cosas—y conste que lo decimos sin ánimos de herir susceptibilidades—sólo puede disculparlas el calor de la improvisación.

⁂

¿Qué es Anarquía? ¿Qué es Sindicalismo? Lorenzo lo ha dicho.

La Anarquía es el saber y la razón. El Sindicalismo es la voluntad y la energía.

El sindicalismo tiene que ser, por consiguiente, *el brazo derecho* del anarquismo. Se ha dicho miles de veces y conviene repetirlo.

Cuando se mueve el brazo no hace más que traducir en fuerza ciertas vibraciones del cerebro. Trato de esclarecer lo que estimo una verdad y busco subgetivamente elementos con que demostrarla.

La energía y el movimiento no son atributos de mi brazo.

Sin la impulsión que reciben de mi organismo intelectual no podrían manifestarse ni existir. Si se rompe la periferia nerviosa que los une, el brazo queda condenado a la inmovilidad y, por ende, a la atrofia. ¿Qué provecho, qué utilidad podré sacar de él en estas condiciones? Ninguna.

Mientras el brazo sindicalista obedezca al cerebro anarquista; mientras constituyan el verbo y la acción; mientras se complementen, podrán hacer juntos grandes cosas.

Pero, cuando el divorcio se produce quizás fuera mejor la amputación. De ese modo no podría constituir un obstáculo al movimiento de otros órganos.

El Sindicalismo, en último término, no es más que una fatalidad de la lucha obrera.

Es la expresión de una parte—bien insignificante, por cierto,—de las fuerzas que el proletariado puede poner en juego para batirse contra sus explotadores.

Es la acción diaria puesta al servicio del Ideal de emancipación. El brazo, que es la acción, será siempre tributario del cerebro, que es la Idea, y ni aun en los casos de anormalidad manifiesta, de completo desequilibrio, podía ser de otra manera.

Lógicamente la energía y la fuerza que representa el Sindicalismo debieran incorporarse a la modalidad revolucionaria, escogida por el anarquismo para poder, con toda seguridad, realizar sus aspiraciones. Pero, por el contrario, al llegar aquí el choque se produce, y diríase que el brazo pretende desenfrenar las funciones del cerebro.

Mientras el sindicalismo se ocupa de la Emancipación obrera el anarquismo habla en nombre de la Emancipación humana.

El sindicalismo es un simple medio; como si dijéramos un instrumento. ¿Estamos de acuerdo? Pues entonces lo único que puede hacer es ponerse incondicionalmente al servicio del Ideal anarquista, a cuyo calor nacieron sus actuales tendencias revolucionarias.

¿Por qué se trata de atribuirle tantas prerrogativas?

Hay quien habla de *sindicalisar* la propiedad y los medios de producción y de cambio. ¿Y qué se hará con los que no estén sindicados? ¿Se trata, acaso, de la creación de un nuevo estado? Conviene que se nos diga para saber en concreto a qué atenernos.

Hay quien habla de la necesidad imperiosa de capacitar técnicamente la clase obrera con objeto de salvar yo no se que interés que el sindicalismo ha asumido el encargo de defender...

¿Es que quien habla de ese modo ignora que con los perfeccionamientos realizados durante los últimos años en los medios mecánicos de producción, el trabajador ha quedado reducido a la categoría de simple aprendiz de la máquina? Si no lo ignora lo olvida.

Hay quien, fundándose en que Cornelisen sostiene que no hay que fiar mucho en los ciudadanos y ciudadanas de buena voluntad y en que la ausencia de estos podría determinar la escasez de los productos, afirma que es necesario que los sindicatos se encarguen de organizar la producción en forma que no falte nada a nadie.

Nosotros podríamos objetar que otros con tanta autoridad como Cornelisen, suponen lo contrario. Pero mejor será que en lugar de arrimar el ascua a la sardina de quienes no están entre nosotros, procuremos disipar las nebulosidades en que están envueltos ciertos conceptos.

Supongamos que no hay ciudadanos voluntarios y que por consiguiente los productos escasean. Si a pesar de todo, los que se han encargado de organizar la producción, previendo precisamente que podrían faltar esas gentes de buena voluntad, persisten en que no le falte nada a nadie, en que abunden los productos, no tienen más que un recurso para conseguirlo: Imponer su voluntad a los que expontáneamente no la hayan sentido.

Lo digimos ya una vez y tenemos que repetirlo ahora.

Somos revolucionarios porque vemos en la revolución el único medio de conquistar la libertad y los derechos individuales. De ninguna manera para que en nombre de uno u otro principio se establezca una nueva dominación sobre los escombros de la dominación antigua.

Nadie podría organizar la producción y el cambio como los tiene organizados la burguesía. Es la cosa más admirable del mundo burgués. Lo que está completamente desorganizado es el consumo.

Si en un momento dado se vaciaran los almacenes, exclamaríamos como Kropotkine: ¡Tanto mejor! Sería una prueba evidente, indubitable de que el pueblo había satisfecho por primera vez todas sus necesidades. Entonces el consumo quedaría, sin esfuerzo, expontáneamente organizado y se efectuaría en condiciones justas y equitativas.

Lo que no hicieran los voluntariosos lo haría con creces el sentido práctico del pueblo.

⁂

No saquemos el sindicalismo de sus límites naturales si queremos que cumpla la misión que el anarquismo le confía. Y los que marchamos en pro de una soñada era de justicia y bienestar para la gran familia humana; los que estamos convencidos de que para llegar a ella se impone la expropiación de la burguesía que no puede contener en el reducido círculo de su sistema el inmenso tesoro económico y científico creado por el trabajo, y que esta expropiación salvadora puede tan solo efectuarla la Revolución Social; los que vamos a la supresión del capitalismo, del Estado, del privilegio, somos anarquistas, y no hay, no puede haber una razón que justifique el que nos llamemos de otro modo. Ello contribuye poderosamente a aumentar el confusionismo ya existente.

Actuemos en buena hora en los sindicatos, elevando en lo posible el nivel intelectual de sus componentes y encauzando en sentido revolucionario los movimientos que realice.

Pero si un día en su seno se quieren poner obstáculos a la propaganda, a la difusión de nuestras ideas; si un día el sindicato, invocando reglamentos, acuerdos o mayorías, tratara de ahogar nuestra voz, sepamos salirnos de él y declararlo el brazo refractario.

EUSEBIO C. CARBO

Mitin sociológico

Organizado por los compañeros de Catarroja y con la cooperación del grupo "Juventud Libertaria", de Valencia, se celebró el día 6 del corriente, a las cuatro de la tarde, en la Sociedad de Trabajadores del Campo, de dicha localidad, un mitin sociológico, en el que hicieron uso de la palabra los compañeros Donderis, Iasa y Montañana.

Después de hacer en breves palabras la apertura del mitin el compañero presidente, concede la palabra al camarada Donderis.

Este principia su peroración con el aforismo "La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos".

Arremete contra los caciques, que dominados por el afán de enriquecerse explotando a los campesinos, no reparan en los medios para conseguirlo.

Excita a los obreros para que se ilustren por medio del periódico, el folleto y el libro; manera de que se conviertan en hombres conscientes.

Recomiéndales entren de lleno en el campo del sindicalismo y les define la importancia de la acción sindical, la cual debe estar libre de mixtificaciones y convencionalismos políticos.

El sindicalismo —dice— es la voluntad y la energía. Se es sindicalista, para librarse del salario. El sindicalista, cansado de verse despojado de sus derechos en la participación de los bienes naturales y de los acumulados por el estudio y el trabajo de las generaciones humanas, no quiere trabajar a jornal.

El compañero Iasa pone de relieve los perjuicios que reporta a la clase trabajadora toda intervención política en los asuntos societarios, por tender ésta siempre a beneficiar a la burguesía en menosprecio de los explotados.

Ataca a la religión y pone al descubierto los crímenes que se han cometido en nombre de sus falsos dioses.

Cita el aforismo "El trabajo es fuente de riqueza" y dice: ¿Cómo se explica que siendo nosotros esclavos del trabajo no poseamos nada y los que permanecen en la inercia, que nada producen, lo posean todo?

La diferencia de salario entre el obrero manual y el intelectual—dice—tiende a desaparecer a medida que el campesino vaya dándose cuenta de que sin su costoso trabajo cotidiano, que hace brotar de la tierra la hermosa y dorada espiga que, triturada por el molinero y luego amasada por el panadero, le proporciona a ese obrero intelectual, al sabio, al investigado, el pan, elemento sin el cual le sería imposible vivir.

El compañero Montañana, el viejo y constante propagador del ideal anarquista, con la facilidad que le caracteriza, dice que se es anarquista para imponer la Anarquía.

Execra la explotación del hombre por el hombre y describe la sociedad anarquista, en la que no habrá ni amos ni criados, ni explotados ni explotadores.

Debemos luchar —dice— para que las generaciones venideras, nuestros hijos, no tengan que maldecirnos por haberles legado la esclavitud.

Los campesinos del pueblo acudieron en masa al acto, del que salieron satisfechísimos por los conceptos allí vertidos.

Se vendieron al final del mitin y con el fin de más propagar nuestros ideales de redención, buen número de folletos.

UN CAMPESINO

Revista Obrera

Algo repuestos de la emoción que embarga nuestro espíritu desde la pérdida del inolvidable Lorenzo, nos apresuramos a satisfacer la natural curiosidad de algunos compañeros que se nos han dirigido para saber si a pesar de la pérdida del que era alma de la *Revista*, ésta vería la luz pública.

A los comunicantes y a todos en general contestamos que hemos desistido de su publicación, y al efecto, y para satisfacción de los compañeros que habían remitido cantidades al infortunado administrador o a alguno de los que en su labor le acompañábamos, publicamos a continuación una relación de los ingresos y de los gastos preliminares de dicha empresa:

Gastos de imprenta, sobres, sellos y copia de direcciones, pesetas.	38'80
Recibido por donativos y suscripciones	19'75
Déficit.	19'05

cantidad que hemos desembolsado para satisfacer todos los gastos.

Si alguno de los que habían adelantado cantidades no estuvieran conformes con la manera como las hemos invertido, podrán comunicárnoslo y les serán reintegradas.

J. BOIX, J. NEGRE

BIBLIOGRAFÍA

LA CIUDAD ANARQUISTA AMERICANA, por PIERRE QUIROULE.

Editado por nuestro querido colega *La Protesta*, de Buenos Aires, se ha publicado este hermoso libro, que es una bella concepción de la ciudad del porvenir.

Unido al libro va un bonito plano de lo que ha de ser la ciudad anarquista: una ciudad con viviendas sanas, hermosas avenidas y en su centro la plaza de la Anarquía, en la que hay una gran sala para espectáculos.

Mucho y muy bueno pudiera decirse del libro de Quiroule. Las páginas de su libro no se leen, se viven porque van impregnadas de aquellos aires puros resultante del todo armónico en que se desenvuelve la vida en la ciudad anarquista, en la ciudad de los Hijos del Sol, como su autor la titula.

La comparación que hace entre la sociedad ideal y la bamboleante sociedad actual, está hecha con tal arte, que con los argumentos que expone sobre la realidad presente y la realidad futura, no pueden oponerse otros sin que caigan en el ridículo más grande.

En resumen: el libro de Quiroule es digno de